

Loreto Casanueva Reyes

Copyright © 2020. Loreto Casanueva Reyes. This text may be archived and redistributed both in electronic form and in hard copy, provided that the author and journal are properly cited and no fee is charged.

Cuchara de palo frente a tus balazos

“Interrogué a sus cucharitas”
“¿Aproximaciones a qué?”, Georges Perec.

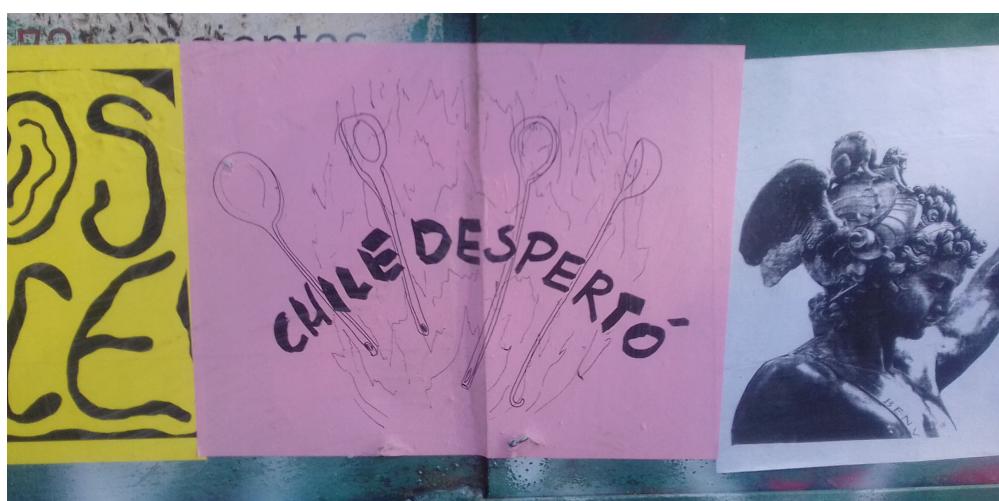
Sin que nadie se pusiera de acuerdo, cuando despuntó la revuelta social chilena esa tarde del viernes 18 de octubre de 2019, salimos a manifestarnos a la calle empuñando cosas de casa, fundamentalmente ollas y cucharas de palo. Renacía, entonces, el “cacerolazo”, forma de protesta que se hizo famosa en este país durante la década de los 70 y que, con el tiempo, transitó de la Derecha a la Izquierda. “Que la cacerola cruce la puerta de la cocina y se alce en la vereda no es casual: es el emblema del que cuida a los suyos, la evocación de la época que vio nacer los «cacerolazos» y, sobre todo, la expansión del fuego de la cocina a la hoguera de la plaza y de la esquina”, reza un [breve manifiesto](#) que, por esos días agitados del año pasado, escribimos a cuatro manos con mi amigo Manuel.

La plaza y la esquina, antes más o menos silenciosas, se volvieron parlantes con el resonar de nuestras ollas y el cantar de nuestros himnos. Exigíamos dignidad en la salud, en la educación, en las pensiones, en el transporte público. Demandábamos una nueva constitución porque la actual es el más nefasto descendiente de la Dictadura. Los muros se nos aliaron y empezaron a tapizarse de improvisados rayados con *spray* y afiches que replicaban las consignas más elocuentes: “No son 30 pesos, son 30 años”, “Las balas que nos tiraron van a volver”, “Chile despertó”, “No estamos en guerra”.

Recuerdo que, durante los primeros días de la revuelta, les conserjes, corredores de propiedades y dueños se apresuraban a borrar los rayados o retirar los afiches, pero pronto se dieron cuenta de que cualquier ornato o censura era vano. Los objetos domésticos con los que salimos a protestar comenzaron a combinar con las fachadas de los edificios y las casas. Aparecieron ollas y cucharas de palo pintadas y escritas en los muros, también botellas con bicarbonato, las mismas con las que paliábamos los efectos de las bombas lacrimógenas; constituciones de 1980, gorras de Carabineros y banderas de Chile ardiendo; piedras civiles enfrentadas a perdigones de la autoridad; velas y calendarios enlutados por quienes murieron o fueron cegados con balines.

Aficionada de las cosas como soy, con mi teléfono celular retraté algunos de esos rayados y afiches en los que los objetos se delineaban con toda la honestidad de sus formas y representaban con todo su potencial metafórico: “La dignidad se cocina a fuego lento”, “Mójame con tu bicarbonato”, “Amor es la llave”. Mi favorito, probablemente, es una lata real de Mentholatum que alguien pegó en una pared para burlarse de aquellos carabineros que, en medio de las barricadas, consumían cocaína pero querían hacerla pasar por la pomada.

Muchos de esos impresos sobre los muros resistieron pocos días, así que mi ejercicio recolector-coleccionista los dejó, afortunadamente, en conserva. Si alguna vez nos llegaran a quitar las fachadas, al menos tendremos ollas y cucharas.





© de las fotos: Loreto Casanueva Reyes

Loreto Casanueva Reyes, (Santiago, 1987) es cofundadora y editora del Centro de Estudios de Cosas Lindas e Inútiles (CECLI), colectivo chileno-mexicano dedicado a la investigación, difusión y mediación de aproximaciones en torno a la cultura material y el mundo de los objetos. Es columnista en la sección “La Petite Histoire” de la Revista La Panera, donde escribe pequeñas biografías objetuales. Es profesora de Literatura Universal. Es Doctora© en Filosofía mención Estética y Teoría del Arte de la Universidad de Chile.